

CESEDEN

EXTREMO ORIENTE EN LA POLITICA EXTERIOR
DE LOS ESTADOS UNIDOS

- Por Claude DELMAS de la Revista
"Le Monde Moderne" núm. 9 Verano
de 1975-

(Traducido por el I E E E)



Noviembre-Diciembre 1975

BOLETIN DE INFORMACION NUM. 96-VI

" Es una obra monumental, sin duda la más completa que haya sido jamás llevada a cabo por una administración demócrata o republicana..... En ella formulamos el programa de política exterior de los Estados Unidos para todo los años de la década de los años 70".

Con estas palabras abría Richard Nixon su comentario acerca del "Mensaje sobre el estado del mundo" que presentaba al Congreso el 18 de Febrero de 1970, primero de este género desde la declaración de independencia de los Estados Unidos.

Richard Nixon asignaba a la diplomacia de su país el lugar que estimaba que le correspondía frente a los que hubieran querido dar prioridad a la política interior. "Una nación debe tener muchas cualidades, pero ante todo ha de tener fe y confianza en sí misma. No son los escépticos los que construyen las sociedades sino los realistas. Sólo las sociedades que creen en sí mismas pueden encararse con los desafíos que les hacen. Por lo tanto no caigamos en la ilusión de que tenemos el derecho o de encararnos con nuestras responsabilidades en el extranjero o con las necesidades de nuestra propia población. O nos encaramos con ambas o no nos encaramos con ninguna de estas responsabilidades".

El sucesor de Nixon no se expresaría así hoy día: la actitud del Congreso respecto al Sureste asiático ha reflejado una tendencia neo-aislacionista que, si bien no se define como tal, no deja por ello de traducir un deseo de renunciar a los compromisos exteriores. La crisis de la sociedad americana podía incitar al gobierno a conceder una prioridad a la política interior, pero la tendencia neo-aislacionista no se traduce por una voluntad de conseguir que las autoridades federales dediquen de ahora en adelante lo esencial de sus preocupaciones y de sus medios a los problemas interiores: se trata menos de una opción entre las dos responsabilidades evocadas por Richard Nixon en febrero de 1970 que de una simple negativa al compromiso exterior.

Los éxitos de los Khmers rojos en Phom-Pen y el hundimiento de Vietnam del Sur (no siendo la derrota militar más que una consecuencia de la disgregación política) serán sin duda considerados como el acontecimiento más importante del principio del último cuarto del siglo XX. Dado que Laos no puede quedar al margen de la tempestad, que desde ahora pesan amenazas sobre Tailandia, que si el tratado de seguridad con los Estados Unidos siguen siendo la piedra angular de la diplomacia nipona, los acontecimientos de Indochina brindan a Tokio la ocasión de afirmar, por primera vez desde hace treinta años, que los intereses japoneses no son necesariamente idénticos a los de América. Al mismo tiempo, los líderes alemanes no ocultan su inquietud. Georg Leber, Ministro de Defensa del gobierno de Helmut Schmidt, no titubeaba en declarar: "Lo que sucede en Indochina, este desastre del mundo libre, es la consecuencia lógica de lo que muchos han deseado. Son los ataques constantes de ciertos medios contra la política americana en Vietnam los que han llegado a este resultado". En muchas capitales se vuelve a hablar del "mundo libre" (expresión que, por lo visto, ya no era correcta desde que la coexistencia pacífica sustituyó a la guerra fría) y de la expansión del comunismo por la fuerza. De hecho, la caída de Vietnam del Sur y el éxito de los comunistas en Camboya aportan un argumento de peso a los que, para deplorarlo o para alegrarse de él, hablan de la decadencia americana, tanto más cuanto que el fracaso de Henry Kissinger en Oriente Medio, la revolución portuguesa, el caos italiano, la crisis greco-turca a propósito de Chipre, las incertidumbres que pesan sobre el porvenir de Yugoslavia, etc. parecen mostrar que muchos acontecimientos que tienen lugar en regiones particularmente importantes para el equilibrio global de fuerzas entre el Este y el Oeste se salen del control de Washington.

Si el Atlántico sigue siendo el lugar privilegiado del sentimiento occidental, el océano Pacífico ha sido siempre considerado por los Estados Unidos como el último término de la marcha hacia el Oeste y se puede casi decir que sus extensiones marinas suponen todavía, en la mente de muchos hijos de pioneros, la Nueva Frontera, habiendo sido el acceso de Hawai a la Unión la concretización lógica de esta idea. En la prolongación de la pista de Oregón, los países del Pacífico y de Extremo Oriente han sido de este modo objeto de vínculos estrechos con los Estados Unidos hasta ahora.

Además, consideraciones estratégicas obligaron a éstos a incluir al Pacífico (como el Atlántico) en lo que Franklin Roosevelt llamaba la "zona marítima de seguridad" y que se convirtió en "perímetro de seguridad". Fue después de Pearl Harbor cuando entraron en la segunda guerra mundial. El Pacífico se había impuesto como un dato mayor en su política desde que, bajo la presidencia de Harrison, había tenido lugar en 1872, a propósito de las Islas Samoa, sobre la ruta directa comercial que une San Francisco a Sidney, su primera participación manifiesta en la política mundial. La intervención en Hawai, en 1893, se ligaba al movimiento que había provocado la de las Islas Samoa. El 1 de Mayo de 1898 la escuadra americana del Pacífico destruyó la española anclada en el puerto de Manila y después de haber conseguido una de las Islas Ladrones (posteriormente Marianas) por el tratado de Paris del 10 de diciembre de 1898, los Estados Unidos consiguieron las Filipinas. El 4 de julio de 1903 se terminó el cable del Pacífico: el primer mensaje que transmitió estaba enviado por el presidente Teodoro Roosevelt a Willian Taft, gobernador de las Filipinas.

Más allá del Pacífico estaban las inmesidades continentales de Asia y los Estados Unidos se alinearon con China contra el Japón. Después de la guerra y especialmente tras el estallido de la guerra de Corea (nacida de una iniciativa soviética y no china) aseguraron el equilibrio por su presencia política y militar en el Sureste asiático mientras que, por una inversión de alianzas de una amplitud igual por no decir superior a la que hizo a Alemania miembros de la NATO, Japón se impuso como el "aliado nº 1" de los Estados Unidos en esa parte del mundo.

Es esta presencia americana la que hoy día se vuelve a poner en tela de juicio.

Tenía la forma de acuerdos bilaterales con cierto número de Estados, en un conjunto estructurado psicológicamente, pero a merced del debilitamiento de uno de sus elementos. Evocando esta situación, Eisenhower había empleado el símil de un juego de dominó: si una ficha cae, -- arrastra a las demás tras ella. De donde resultaba que no se podía ceder en ningún punto so pena de tener que ceder en todos. Después de la caída de Vietnam del Sur y de Camboya y de la aceleración del proceso revolucionario en Laos, todas estas "fichas" corren el riesgo de caer porque no disponen de los medios que les permitirían resistir a una agresión comunista (externa o interna) y porque, por el juego de un mimetismo cuya aberración no miden, se hacen reticentes ante la presencia americana.

La decadencia relativa de los Estados Unidos se inscribe en las estadísticas. La parte de la producción americana en la producción mundial ha disminuído de alrededor del 30 % al final de la guerra a un 25%; las reservas de oro, que se elevaban a 27 mil millones de dólares al curso de 35 dólares la onza, ahn caído a 10 mil millones; la distancia entre Europa occidental y Jaón por una parte y los Estados Unidos por otra en cuanto a productividad del trabajo y a nivel de vida, se ha acortado; al cambio actual, la renta per cápita en la República federal alemana es superior a la de los Estados Unidos. Asimismo, la superioridad militar de los Estados Unidos sobre la Unión Soviética se ha ido esfumando progresivamente durante los últimos 25 años, hasta el punto que hoy día las negociaciones SALT tiene por objeto evitar que se reanude la carrera de armamentos, que aniquelaría los efectos del "equilibrio del terror" que se había instalado entre los Supergrandes. Cuando la crisis de Cuba de 1962, los Estados Unidos disponían de 4 à 5 veces más cohetes intercontinentales que la Unión Soviética. En Moscú, en el 1972, Richard Nixon concedió a la Unión Soviética el derecho de poseer un número de ingenios balísticos superior al que el tratado atribuía a los Estados Unidos, siendo compensada la inferioridad cuantitativa de los Estados Unidos por una superioridad cualitativa debida a los ingenios M.I.R.V. (que, además, daban a los Estados Unidos, para un número inferior de vectores, un número superior de ogivas). Hoy día la Unión Soviética ha dominado la técnica de los M.I.R.V., sus buques de guerra surcan todos los océanos, su superioridad en cuanto a número de divisiones terrestres se ha acentuado, sobre todo desde que los Estados Unidos han vuelto al ejército profesional. Estos hechos son indiscutibles. La dificultad reside en su interpretación.

Algunos de ellos revelan cambios que eran previsibles. El predominio americano después de la segunda guerra mundial resultaba de accidentes históricos y no podía prolongarse durante mucho tiempo. La tasas de crecimiento de Europa occidental y de Japón, excepcionalmente elevadas respecto a la experiencia del pasado, comprendían una parte de "alcance": los rivales de los Estados Unidos pedían prestadas a la economía más avanzada ciertas técnicas de producción y de gestión, técnicas que, de todos modos, las filiales de los conglomerados americanos introducían en Europa y cuyas patentes compraban las firmas japonesas. A finales de los años 40, los dirigentes americanos deseaban la recuperación de las economías de sus aliados incluso si, hoy día, algunos de ellos se preguntan si no han alcanzado demasiado bien su objetivo. Pero, en todo caso, sería absurdo interpretar la progresión europea y japonesa como una prueba de la decadencia americana. ¿Por qué otros países no han ser capaces de conseguir aquello

de lo que los mismos americanos habían dado ejemplo? Conviene añadir que el avance americano en las técnicas de punta subsiste hoy día, apenas diferente de lo que era en tiempos del "desafío americano", que suscitaba inquietud. El debilitamiento relativo de los Estados Unidos respecto a la Unión Soviética se inserta también en un proceso histórico que se podía -- considerar ineluctable. La Unión Soviética por los sabios, las técnicas, las industrias necesarias para la producción de las armas nucleares y los ingenios balísticos; el régimen atribuyen a un sector prioritario los rublos y los cerebros de calidad que éste requiere, eleva el porcentaje de la renta nacional dedicado al potencial militar sin tener que preocuparse de la opinión pública: los dirigentes americanos no gozan de la misma libertad de acción.

Por ello la inquietud suscitada por lo que se considera como el "ocaso" americano reside en otra parte, en la coincidencia de varios datos históricos: la toma de conciencia de un ocaso relativo, la primera grave de presión económica de la posguerra, un sistema internacional de complejidad creciente y el cansancio de la opinión, tentada por las aparentes facilidades del aislacionismo. Acostumbrados a sus formas de gobierno, muchos observadores europeos toman con harta frecuencia por lo trágico los desórdenes del sistema americano. La presidencia "imperial" de Kennedy y -- bre todo de Jhonson y de Nixon constituía más bien la excepción que la regla. La contradicción, por lo menos aparente, de la política llevada a cabo por el Ministro de Finanzas por una parte, por las autoridades monetarias por otra, no es nueva: el Federal Board dispone de una auténtica autonomía, que los gobernadores de los Bancos centrales europeos, por regla general funcionarios veteranos, no imaginan y desean aún menos. No por ello es menos cierto que el pluralismo en el mismo seno del poder ejecutivo, añadido a la tensión entre un presidente republicano no elegido y un Congreso con mayoría demócrata crea, en los Estados Unidos y en el mundo, un sentimiento de malestar y de inquietud. ¿Qué influencia pueden los Estados Unidos, sin cabeza o con varias cabezas, ejercer sobre la suerte de todas las economías ya que, lo quieran o no (lo que condena el aislacionismo) ejercen una? Han impuesto una especie de desmonetización del oro, -- siendo las reservas de los Bancos centrales, al menos momentáneamente, inutilizables con respecto a los proveedores de materias primas. Han impuesto el sistema de los eurodólares, que se extiende a otras monedas. Han impuesto un régimen de tasas de cambio flotantes. Los europeos se preguntan a veces si los americanos saben adónde van, si consiguen hacer un orden de prioridad entre la lucha contra la inflación y la lucha contra la depresión, entre los diversos métodos posibles de una y de otra.

Pero el diagnóstico sobre la crisis económica no debe confundirse con un juicio acerca del destino histórico de los Estados Unidos. La economía americana, tanto en el siglo pasado como en éste, ha conocido al ternancias de inflación y de recesión. Retrospectivamente, se puede construir la curva de un crecimiento que aparece regular, que sólo deja subsistir en el gráfico débiles huellas de los momentos de ruido o de furor, de los millones de parados y de los conflictos de clases o de razas. Los contemporáneos viven esos disturbios en forma distinta de la que los piensan los historiadores, preocupados antes que nada por cifras. Además para comprender la actual coyuntura, hay que añadir la contradicción entre la masa popular, preocupada antes que nada por el paro y por el nivel de vida, y un Secretario de Estado encargado de llevar a cabo una diplomacia planetaria. De donde resulta la ambivalencia de las reacciones europeas, la oscilación entre la revuelta contra la "hegemonía" americana y el temor al aislamiento, sin que se manifieste la más mínima voluntad europea de acción.

Los acontecimientos del Sureste asiático acentúan este sentimiento de malestar. Tres Presidentes, Kennedy, Johnson y Nixon, habían tomado al Vietnam como test de la resolución americana. Henry Kissinger, antes de ejercer las funciones de consejero del presidente, no dudaba de que la intervención militar en el Sureste asiático hubiera sido un error. No llegaba a la conclusión de que había que retirarse, sino a la de que había que llevar a cabo esa retirada en las condiciones en la que la opinión pública, menos en los Estados Unidos que en el mundo, juzgara compatibles con el prestigio de una potencia mundial. Creía haber alcanzado su objetivo en enero de 1973; hoy día tiene el sentimiento contrario. La teoría de las fichas de dominó sigue presentando el peligro que se designa en inglés con la expresión de "self-fulfilling prophecy" o, dicho de otro modo, las profecías que contribuyen a su propia realización. Al denunciar la imposibilidad de lo que llama "selective reliability" -los Estados Unidos merecerían que se les hiciese confianza en ciertos casos solamente- el secretario de Estado corre el riesgo de agravar las consecuencias del drama del Vietnam.

Este fracaso vuelve a poner en tela de juicio los mismos principios de la política exterior de los Estados Unidos.

Causas diversas, ligadas en lo esencial a las mismas condiciones de su formación, explican el moralismo, el idealismo y el legalismo de la política exterior de los Estados Unidos. Más exactamente, la actitud americana se deriva de una experiencia histórica única. La ausencia

de tradición feudal, el repudio, desde el principio, de la denominación europea, la creación de un Estado federal han engendrado varios postulados: creencia en la igualdad y en un mundo de acción cooperativa, sociedad no jerarquizada, igualdad de los Estados. La democracia interior no podía dejar de ejercer una influencia sobre el comportamiento exterior: le había dado su substancia moralista, algunos dicen moralizadora. Una tradición profunda ha opuesto en todo el mundo a los americanos a la inhumanidad, a la tiranía, al imperialismo. Esto los ha llevado a considerar América como un factor moral-supremo en el progreso del mundo hacia mejores relaciones políticas, como la nación que tenía por misión a las relaciones internacionales las normas de moralidad individual y métodos racionales y pacíficos de arreglo de los conflictos, cuyo mejor ejemplo ha sido proporcionado, según piensan ellos, por América misma.

Otro hecho presenta una importancia comparable: debido a su posición geográfica y a los conflictos entre los que hubieran podido ser sus adversarios, los Estados Unidos no se han visto obligados, durante la mayor parte del siglo XIX, a someter su idealismo a la prueba de las realidades de la política internacional. Como vivía así cada a sí mismo, este idealismo tenía que tropezar tanto más duramente con la realidad internacional, y si el legalismo era proclamado como una necesidad, el primer intento de hacer participar a los Estados Unidos en una organización internacional basada en el principio del Derecho se saldó con un fracaso. Esta idea debía progresar, pero aunque las Naciones Unidas disponen de poderes superiores a los de la Sociedad de Naciones, este Derecho internacional no tiene a su disposición los instrumentos mediante los cuales cada país hace respetar su derecho propio, es decir, una policía y una justicia..... ¿ Por qué permanecieron los Estados Unidos fuera de la Sociedad de Naciones? Pasaban entonces por una especie de crisis de crecimiento psicológico: vivían ya en el mundo internacional y en función de él, pero al mismo tiempo el viejo instinto de conservación reforzaba la tradición del "non-entanglement". La tradición ganó. Expresaba la negativa de las alianzas permanentes, especialmente con las potencias europeas, habiendo dado la "doctrina Monroe" una forma más concreta al "discurso de despedida" de Washington. A Wilson -- que, el 27 de mayo de 1916, declaraba: "A partir de ahora, la paz del mundo debe depender de métodos diplomáticos sanos y nuevos..... Los principios del derecho público deben prevalecer de ahora en adelante sobre los intereses particulares de tal o de cual nación. Todas las naciones del universo deben instituir una especie de liga para conseguir que el derecho prevalezca contra todas las agresiones egoístas", a Wilson se le dio una respuesta: la vuelta de la diplomacia americana al aislacionismo.

Mas, ya anacrónico, éste estaba condenado por la inversión de la balanza de las inversiones. En 1914, las inversiones extranjeras en los Estados Unidos se elevaban a 5 mil millones de dólares, cuando sólo habían invertido en el extranjero 2.500. En 1920 sus inversiones se elevaban a más de 9 millones de dólares, de ellos 4 en Hispanoamérica, 2,5 en Canadá, 2 en Europa. En 1927 las cifras se elevaban a 13,5 millones de dólares para las inversiones americanas en el extranjero, a 3,7 millones para las inversiones extranjeras en los Estados Unidos. A esto se sumaban las deudas de guerra: 10.350 millones de dólares en 1930. ¿Qué podían hacer los Estados Unidos? Si exigían el pago de estas deudas, ya no había "non-entanglement" posible, mientras que su repudio hubiera corrido el de prolongarlas en el más excesivo aislacionismo. Estas deudas abogaban en contra del aislacionismo.

El "non-entanglement" descansa sobre tres principios: nada de alianza directa, retinencia respecto a contactos con el extranjero, convicción de una superioridad moral. Los acontecimientos no iban a tardar - mucho en imponer a los Estados Unidos una actitud radicalmente diferente, pero una actitud que, en sus líneas fundamentales, permaneció fiel a las opciones morales que se habían anteriormente asignado. En función de estos tres principios de base -moralismo, legalismo, "non-entanglement"- se puede tal vez apreciar mejor la continuidad de la política exterior americana. En los años que precedieron a la segunda guerra mundial, muchos europeos se refugiaron en los Estados Unidos, donde reforzaron la oposición moral al totalitarismo y proporcionaron argumentos a aquéllos de los medios políticos que se alejaban del "non-entanglement". El moralismo clásico encontró en ello justificaciones modernas y una razón de actuar. Después de la guerra, una misma actitud espiritual se manifestó en favor de las víctimas del imperialismo soviético y se irguieron contra el principio mismo - de anexiones sin otra justificación que la fuerza, siendo esta reacción tanto más viva cuanto que los Estados Unidos ignoraban la presión ideológica.

El moralismo debía de este modo llevar a los Estados Unidos a ayudar a los países que la guerra había debilitado hasta el punto de hacerlos vulnerables a una agresión exterior o a una subversión interior. No se trataba para ellos de discutir los principios de un régimen distinto del suyo, sino de las condiciones en las cuales este régimen distinto pretendía establecerse y no se imaginaban que el proceso pudiera no ser democrático. Su política respecto a Europa y luego su intervención en Vietnam procedieron así de razones idénticas. Este moralismo tenía un contenido institucional, el legalismo. No podían olvidar que habían sido, en gran medida, responsables de las debilidades iniciales de la Sociedad de Naciones. Pero la conciencia que tomaron de sus responsabilidades mundiales, el hecho de que, debido a la evolución de la relación general de fuerzas, se habían convertido en el símbolo y el garante del mundo libre, determinaron una evolución extremadamente rápida y de un aislacionismo que no se atrevía a confesar su anacronismo pasaron muy rápidamente a un intervencionismo que proclamaba su legitimidad. Incluso antes del cese de las hostilidades, se convencieron de la necesidad de una organización internacional. En el mismo tiempo pensaban que el entendimiento de los "Grandes" podría asegurar la paz al imponerse a las veleidades de un eventual perturbador. Es muy fácil hoy día reprochar a la política exterior americana el haber hecho confianza a los dirigentes soviéticos. Lo esencial es que, tan pronto hubieron comprendido que esta confianza tropezaba con el universalismo que pretende la doctrina comunista, que este universalismo se expresaba por un expansionismo con las características de los imperialismos clásicos, reaccionaron sin el menor equívoco. La "pactomanía" que algunos le han echado en cara no era sino la expresión de su fe en la unión de los hombres y de los pueblos decididos a salvaguardar su libertad.

Este compromiso sistemático de los Estados Unidos en favor de los que eran víctimas de una agresión o que estaban amenazados de ello significaba el final del aislacionismo. En 1940, la mayoría de la nación comprendió que, para defender su propia integridad y su independencia política, los Estados Unidos tenían que desempeñar un papel importante en la política internacional. Esta mayoría constantemente creciente pensó que una victoria alemana sería desastrosa para la seguridad americana y que por lo tanto era más importante ayudar a Inglaterra a ganar la guerra, aún a riesgo de verse arrastrado al conflicto, que permanecer al margen de éste.

Pearl Harbor había de ser el símbolo y la confirmación dramática de la inseguridad, recientemente descubierta, de América.

Después de la Segunda Guerra Mundial, desde el momento en que la paz fue amenazada por el comportamiento soviético, el concepto - americano de la acción exterior estuvo dominado por el reconocimiento del hecho de que la seguridad de los Estados Unidos estaba puesta en juego por el curso de los acontecimientos en el mundo entero. Este reconocimiento de este hecho y no un celo cualquiera de una cruzada, explica la asombrosa celeridad con que los americanos se libraron de los viejos conceptos de neutralidad y de no intervención y enfocaron su destino hacia arreglos políticos y militares con otras naciones, aceptando deliberadamente obligaciones que hubieran sido inconcebibles poco tiempo antes. En este sentido, la adopción de la " resolución Vandenberg-Connally ", el 11 de junio de 1948, además de permitir la adhesión de los Estados Unidos al sistema atlántico de seguridad colectiva que preconizaban los firmantes del tratado de Bruselas del 17 de marzo de 1948 -sistema atlántico que había de encontrar su forma institucional en la NATO- daba una consagración jurídica y política a las enseñanzas de Pearl Harbor. A la " diplomacia del dólar " se sustituyeron los principios del plan Marshall, al " non-entanglement " se sustituía una política de ayuda, de asistencia y de compromiso. ¿Había ruptura? Es cierto que al optar por la participación directa en la política internacional en todos los puntos del globo, los Estados Unidos renunciaban al aislacionismo, pero no por ello renunciaban a los principios que hasta entonces habían regido su política exterior. El moralismo y la preocupación de la seguridad nacional se juntaban en el " non-entanglement " y se juntaban -asimismo en la política nueva, determinada de este modo no por un refuerzo de los conceptos anteriores sino por la toma de conciencia de las realidades y de las nuevas exigencias. El legalismo había llevado a los Estados Unidos a identificarse con las Naciones Unidas y los llevó a identificarse con el mundo libre y a establecer numerosas alianzas. Las formas de la política eran distintas, los principios de base seguían siendo lo que eran. Del plan Marshall al tratado de Washington y a la lucha en Vietnam, la continuidad es evidente; se trataba de evitar una subversión o una agresión y, de no conseguirlo, sólo quedaba erguirse contra el agresor para demostrar que en un siglo que debe ser el del Derecho, la fuerza no es rentable. Sería exagerado afirmar que los Estados Unidos hacían abstracción de su interés nacional y se abandonaban a un idealismo despreocupado de dicho interés, pero no se comportaron únicamente en función de su interés nacional: el ejemplo de Vietnam es un testimonio de ello.

El hundimiento de Vietnam del Sur, la actitud del Congreso, las tendencias aislacionistas parecen que van a volver a poner en tela de juicio las formas de esta política y más aún sus principios. Por lo que a las formas se refiere, es casi seguro que los Estados Unidos no se volverán a comprometer como lo han hecho en Vietnam. Por lo que a los principios se refiere, la cuestión tiene otra amplitud. Los lazos tejidos por los Estados Unidos en el mundo no les permiten replegarse sobre sí mismos. No hay prácticamente país no comunista en el que capitales americanos no hayan sido invertidos, a veces en proporciones considerables y las sociedades multinacionales no son sino una de las expresiones de esta presencia. No pueden hacer abstracción de la crisis de los cortes energéticos ni de la posibilidad de la de los abastecimientos: pese a la riqueza de su subsuelo, su actividad económica depende, en gran medida, de sus relaciones con los países productores de materias primas y compradores de productos manufacturados. La imposibilidad de la autarquía económica hace ilusoria la aspiración de un aislacionismo político. Además, este aislacionismo sería incompatible con las exigencias militares de la seguridad nacional. Si pretendiesen basar ésta solamente en el territorio americano (incluso incluyendo a Canadá) no podrían pensar en la utilización más que de sus solos ingenios intercontinentales " Minuteman III " y de los " Poseidón " de sus submarinos, es decir, de las armas de disuasión total tal como fue concebida y establecida en los años 50. La sustitución de una paridad ruso-americana y la superioridad americana y luego la miniaturización de los ingenios (la diversificación es tan amplia en la Unión Soviética como en los Estados Unidos) han llevado a un concepto distinto, al de la disuasión proporcionada, de la "flexible response", basado en la racionalidad, por lo tanto la proporcionalidad de la relación entre la amenaza de represalias y el acto que pretende disuadir. Esta disuasión implica el despliegue, fuera del territorio americano, de ingenios de alcance medio. Por razones técnicas, la seguridad americana excluye de este modo el aislacionismo y este despliegue de ingenios de alcance medio sólo se concibe en el marco de las alianzas, bilaterales o multilaterales. Incluso si se admitiese que los Estados Unidos podrían pensar en desentenderse de Europa Occidental, no podrían replegarse sobre sí mismos, ya que su seguridad no puede ser eficaz más que en el marco del espacio atlántico, que ahora abarca Europa Occidental. El rechazo del aislacionismo no aparece, así, como una opción política sino como la expresión de las mismas exigencias de la misma seguridad americana.

El fracaso de la política indochina de Henry Kissinger ha provocado una perturbación profunda en la opinión pública americana, incluso en aquéllos de sus sectores que deseaban que los Estados Unidos se descomprometiesen completamente del Sureste asiático. Cuando llegue el apaciguamiento se darán cuenta del otro lado del Atlántico de que no basta querer encerrar su casa para estar seguro, tanto más cuanto que hay acontecimientos cuyas consecuencias se desarrollan como ondas de choque. El éxito comunista en Saigón repercutirá no sólo en Asia continental sino en todo el Pacífico. 25 años después de la guerra de Corea, que había marcado el paroxismo de la guerra fría y provocado una espectacular intervención militar de los Estados Unidos en Asia continental, el drama del Vietnam consagra el fracaso de una política, pero no de los principios que la habían inspirado.
